

CARITAS IN VERITATE, DE BENEDICTO XVI

Prof. Julio L. Martínez, SJ

Aula de Teología
15 de Marzo de 2011

INTRODUCCIÓN

Me llena de orgullo poder comentar esta encíclica del Papa Benedicto XVI, sobre un tema que hoy no es nada obvio que se pueda tratar. Es más, cuando salió hace dos años, sorprendió, de alguna manera, a muchos que no pensaban que el Papa, a esas alturas de la historia, volviera al tema del Desarrollo.

De hecho *Caritas in Veritate* tenía que haber visto la luz el año 2007, para conmemorar los 40 años de la *Populorum Progressio*, pero vieron que, dado el tema que trataba la encíclica, evidentemente convenía darse un tiempo y afrontar también otra circunstancia de la que ahora somos conscientes, y que ya en ese año sabían en el Vaticano que se estaba acercando: la emergencia de la crisis económica.

I. LA REFERENCIA FUNDAMENTAL A PABLO VI EN UNA TENSA SITUACIÓN MUNDIAL

Por tanto, lo que iba a ser la conmemoración de un cuadragésimo aniversario se convirtió en cuadragésimo segundo. Aunque esta circunstancia no desmerece en absoluto que la encíclica más amiga de la *Caritas in Veritate* sea *Populorum Progressio*, de Pablo VI. Es más, llama a *Populorum Progressio* la *Rerum Novarum* de la época contemporánea. Creo que la vuelta a Pablo VI no es un detalle menor, porque me parece que se puede decir que las encíclicas de su predecesor Juan Pablo II no contenían una valoración tan nítida y positiva de la Doctrina social del Papa Pablo VI.

Una nota que creo importante, aunque parezca de tipo histórico, es que, en 1967 cuando se publicó *Populorum Progressio*, al afrontar la cuestión del desarrollo de los pueblos dijo: *el desarrollo es el nuevo nombre de la paz*. Aquella expresión tuvo éxito y, cuando hablamos de esta encíclica, volvemos a recordar esa frase. En ese momento se sitúa la última fase de optimismo general tras la gran crisis de la Segunda Guerra Mundial, una fase económica expansiva que siguió a la reconstrucción post-bélica y que permitió un crecimiento sostenido a lo largo de dos décadas; un proceso de descolonización que abarcó entre el año 1945 y el año 1960, que hizo nacer, ni más ni menos, que a cuarenta países, que sumaban entonces la cuarta parte de la población mundial, ochocientos millones de almas. Aunque en muchos casos eran países que no tenían condiciones de viabilidad, o que a duras penas podrían tenerlas, la independencia política, unida a una bonanza económica mundial, generó grandes expectativas de desarrollo en estos pueblos.

Desde el punto de vista de las teorías del desarrollo, fueron momentos de hegemonía de las llamadas *teorías de la modernización*, en las que el desarrollo se identificaba con crecimiento económico, y éste se medía, fundamentalmente, como Producto Interior Bruto per capita.

Por tanto, el objetivo del desarrollo venía a ser crecer económicamente, y el subdesarrollo se consideraba un problema de atraso relativo. Lo que tenían que hacer los países subdesarrollados era entrar en la misma senda y en la misma dinámica de aquellos que habían conseguido desarrollarse. El ejemplo de la Segunda Guerra Mundial era especialmente significativo para los autores que cultivaban estas *teorías de la modernización*, entre los cuales destacó un libro del año 1960, *Las etapas del crecimiento económico*, del economista norteamericano W. W. Rostow. Como digo, la Segunda Guerra Mundial venía a ser un buen ejemplo porque, tras ella, algunos países como Alemania, que habían quedado muy tocados, habían conseguido, poniendo una serie de medidas, salir adelante en relativamente poco tiempo.

A final de los años 50 aparece otro tipo de teorías que contrapesaba y se enfrentaba directamente con aquellas a las que acabo de referirme; son teorías de tipo neo-estructuralista y neomarxista, que insistían precisamente en una clave que, a día de hoy, sigue siendo importante decir: que el subdesarrollo y el desarrollo son como caras de la misma moneda; es decir, que para que unos se desarrollen -o vivan desarrolladamente- tiene que haber otros que no lo puedan hacer. Como pueden comprender estas teorías contraatacaban directamente a la línea de flotación de las *teorías de la modernización*, porque venían a decir que no es una cuestión de retraso relativo, de no poner los medios, sino que, dentro de un sistema en el que los que viven desarrolladamente, como ricos, necesitan que otros no lo sean, los subdesarrollados son, de algún modo, necesarios.

Años después, tras la crisis del petróleo se fueron sucediendo una serie de empeños teóricos que hablaban del desarrollo como multidimensional, sostenible... por ejemplo, el *Informe Brundtland*, del año 1987, en el que entra por primera vez de una manera potente el término Desarrollo sostenible, o el Desarrollo humano en el año 1990, con el primer informe del PNUD (Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo). Son términos que ahora nos resultan conocidos -nadie se atreve hoy a hablar de desarrollo sin hablar de sostenibilidad- pero que ciertamente fueron grandes innovaciones en aquellos momentos.

II. EL DESARROLLO, EJE DE LA ENCÍCLICA: UNA OPCIÓN VALIENTE CON LA QUE ESTÁ CAYENDO

La Doctrina Social de la Iglesia (DSI) venía hablando de desarrollo como *Desarrollo humano integral* y así lo seguimos haciendo en la actualidad. Incluso el Papa Benedicto XVI en *Caritas in Veritate*, ha añadido dos términos que son, por así decir, como dos claves en la Doctrina de su pontificado: la caridad y la verdad.

El desarrollo humano integral en la caridad y en la verdad. En la caridad, que requiere y no niega la justicia, pero sí la supera y la completa. Sobre la relación entre ambas trata la primera encíclica de Benedicto XVI, *Deus Caritas Est*.

Y en la verdad, porque necesitamos poner énfasis en que, también en las cuestiones del desarrollo, podemos alcanzar, desde la razón y la revelación -es decir, interpretando la experiencia humana a la luz del evangelio- algo que nos haga tocar más la verdad del ser humano; por tanto, no tenemos por qué quedarnos en una ética emotivista, subjetivista, en una ética que, al final, solo se concibe desde una preferencia individual y subjetiva que crea un entorno de valores.

El desarrollo no es una cuestión única ni principalmente técnica, sino que es una cuestión ética, dice el Papa. *De igual modo que la globalización no trata solo, ni fundamentalmente, de economía, y la crisis va mucho más allá de crisis económica y financiera, la cuestión social, -sentencia en el número 75 de la encíclica- se ha convertido radicalmente en una cuestión antropológica.* Aquí está la clave: la cuestión social es una cuestión antropológica. Por eso, desarrollo humano integral en la caridad y la verdad.

III. EL MUNDO VISTO DESDE *CARITAS IN VERITATE*

Me atrevo a resumir esto en dos parámetros de comprensión, que son como dos grandes focos desde los cuales se ilumina la comprensión de la realidad en nuestro mundo. Por un lado está la globalización; por otro la crisis mundial.

Uno podríamos decir que es más estructural, como un marco de comprensión donde las fracturas humanas y las tensiones sociales políticas y económicas se dan de una manera nueva, con unas características que en los tiempos anteriores de la historia no se presentaron, y un escenario muy ambivalente: grandes oportunidades, pero también grandes lacras que crecen al amparo de esta interdependencia mundial. El otro, la crisis, es más coyuntural, pero ciertamente nada desconectado del anterior. Evidentemente, las características de la crisis que estamos viviendo no se puede entender -y esto queda bien claro en la encíclica para el que sepa leer un poco profundamente- sin la globalización.

No son dos focos que expliquen todo, pero la situación actual del mundo queda modulada por ellos. Ninguna de las circunstancias que estamos viviendo, ni siquiera las que escapan a cualquier decisión de la libertad humana -como es la catástrofe natural que está conmocionando al mundo y sumiendo en la tragedia a Japón, o las distintas situaciones de conflicto, como las del norte de África, donde el poder del pueblo (*the people power*), de alguna manera, ha emergido- quedan fuera de estos dos focos, especialmente el de la globalización. Creo que se puede decir, y desde luego la encíclica lo dice muy claramente, que hoy no se puede comprender ninguna de estas realidades que nos afligen o acontecen, sin poner este foco de la globalización por delante.

- *Más cercanos, pero no más hermanos:* La ambivalente globalización

En la encíclica hay abundantes y jugosas consideraciones sobre la globalización; en parte, siguen reflexiones del Papa Juan Pablo II y en parte son

novedosas. Me parece que la frase más certera de la encíclica, para sintetizar la novedad de los procesos es: *El estallido de la interdependencia planetaria nos ha hecho más cercanos, pero no más hermanos.*

La cercanía -no física evidentemente, pero sí del conocimiento- ha crecido por todas partes; casi estamos presenciando las tragedias en tiempo real. Como consecuencia, la política misma está cambiando de faz; ya no se puede entender como lo hacíamos hace unos años y no sabemos muy bien todavía en qué va a acabar. No es solamente cuestión de imagen pública -representada y expresada por los gobernantes y los políticos profesionales- sino que, a través de los medios tecnológicos que tenemos nosotros y también países no muy desarrollados -por ejemplo los del norte de África- estamos asistiendo, en tiempo real, a los movimientos sociales que se están generando y que, de alguna manera resultan imparables, aunque también sea cierto que, en determinadas circunstancias, los ejércitos les pueden hacer frente.

Somos más cercanos, más interdependientes, estamos conectados, incluso podíamos decir, hiper-conectados, pero no más hermanos. Caritas in Veritate diseña en bastantes rasgos el porqué de esto; no los voy a agotar, pero sí voy a citar algunos. Por ejemplo:

La riqueza mundial crece en términos absolutos pero aumentan también las desigualdades. El Papa habla del escándalo de las disparidades hirientes que hay en el mundo. También se refiere a la corrupción e ilegalidad en el comportamiento de sujetos económicos y políticos, tanto de los países ricos -nuevos y antiguos- como de los países pobres. Habla de formas abusivas del conocimiento o de la protección del conocimiento, en particular en el campo de la salud humana. También de cómo las empresas buscan los lugares donde pueden pagar menos por el trabajo, conseguir una fiscalidad más favorable y, por tanto, más beneficios. Hace referencia a las políticas de ajuste con los recortes de gasto social y a las cuestiones de la movilidad laboral, que están latiendo en todos los fenómenos migratorios contemporáneos.

Podemos decir que el mundo que ve *Caritas in Veritate* ya lo anticipaba, en parte, *Populorum Progressio*. Pero como dice *Caritas in Veritate*: *estaba mucho menos integrado que el actual, y la actividad económica y la función política se movían en gran parte dentro de los mismos confines, y podían contar por tanto, la una con la otra.* En el mundo en el que nosotros estamos la actividad económica y la función política ya no se mueven en los mismos confines; esto nos lleva al gran tema de cómo se ha modificado el papel de los Estados. Dice el Papa: *El Estado se encuentra con el deber de afrontar las limitaciones que impone a su soberanía el nuevo contexto económico, comercial y financiero internacional. No obstante, la sabiduría y la prudencia -advierte- aconsejan no proclamar apresuradamente la desaparición del Estado, porque, en contra de lo que las apariencias dictan, su papel parece destinado a crecer, recuperando muchas competencias que se le daban por perdidas.*

Esto es muy interesante porque parte de los enfoques teóricos sobre el desarrollo -que en los años 90 cristalizaron por un lado en el Desarrollo humano y por otro en el Consenso de Washington que era un modo de entender, desde una

lógica neoliberal, por dónde tenía que caminar el desarrollo- desvinculaban el desarrollo de la función pública de los Estados.

Ha llegado la crisis y al único actor al que podemos acudir para que meta un poco de cordura y de orden en el desconcierto, vuelve a ser el Estado. No porque el Estado pueda solucionar todo –hay que darse cuenta de que, en el contexto en el que estamos, hay muchas cosas que a los Estados ya no les vamos a pedir- pero sí para hacernos cargo de que, probablemente, habíamos dado por enterrado al Estado antes de tiempo.

Muy pegado a las palabras de su predecesor, el Papa destaca la ambivalencia de los procesos globalizadores y alerta de las actitudes fatalistas ante una forma de ver la globalización como algo inexorable, ante lo cual tenemos que plegarnos y reconocer humildemente que lo mejor es dejarse llevar. No debe ser así porque la libertad humana tiene algo que hacer; *no estamos ante fuerzas anónimas, impersonales o estructuras independientes de la voluntad humana*; si estuviéramos en esa situación tendríamos que decretar, por ejemplo, la defunción de la ética y el sinsentido de aportar nada nuevo desde la Doctrina social eclesial.

En este contexto de la globalización, el Papa envió un significativo recado también a los medios de comunicación. Me parece que es un mensaje muy certero: *al igual que ocurre con la correcta gestión de la globalización y el desarrollo, el sentido y la finalidad de los medios de comunicación debe buscarse en su fundamento antropológico, pues el mero hecho de multiplicar las posibilidades de interconexión y circulación de ideas, no favorece la libertad ni globaliza el desarrollo y la democracia.*

Estamos en un momento en el que lo más peligroso es que se dé una globalización de la superficialidad (P. Adolfo Nicolás, SJ). Muchos medios, muchos canales, algunos de ellos impresionantes, pero ¿dónde está el sentido de la profundidad?

Y la encíclica reclama también un gobierno eficaz de la globalización, que tiene que afrontar las modificaciones de los desequilibrios geopolíticos del mundo, el papel de las religiones en la escena mundial, la cuestionada funcionalidad de los organismos internacionales, empezando por los principales de la ONU, o el problema de los recursos energéticos o las nuevas formas de colonialismo y de explotación.

Todos estos fenómenos y otros no poco importantes exigen pensar y poner en marcha un gobierno de la globalización. Esta es una reivindicación ya antigua de la Doctrina Social de la Iglesia. Juan XXIII hablaba de *una autoridad política mundial que buscase el bien común universal*. Lo recuerda *Caritas in Veritate* también. Pero esta encíclica, ante la desconfianza que puede generar de algún gobierno mundial, se apresura a decir: *No se trata de abrir la puerta a un poder universal de tipo monocrático, que ciertamente sería peligroso*. No estamos hablando de un gobierno al estilo de lo que son los gobiernos de los Estados nacionales. Dice la Encíclica: *El gobierno de la globalización debe ser de tipo subsidiario, articulado en múltiples niveles y planos diversos que colaboren recíprocamente.*

Evidentemente, en el nivel de análisis ético en el que se sitúa la Doctrina Social de la Iglesia, el Papa no tiene que resolver técnicamente la cuestión de cómo articular este gobierno de la globalización y la encíclica no se mete en esas procelosas aguas. Quien eche de menos esto en la encíclica, tiene razón en hacerlo, pero, también hay que responderle, con toda la razón, que esto no es lo que tiene que dar la encíclica.

El diagnóstico tiene un punto diáfano: necesitamos con urgencia un gobierno que tenga una cierta eficacia para intervenir en las cuestiones que nos afligen y que además son cada vez más pavorosas; porque una de las cosas que nos estamos encontrando -y creo que desde la fe cristiana no perdemos pie para ello- es que avanzamos, progresamos, nos desarrollamos, pero con eso no eliminamos ni el sufrimiento, ni el mal, ni la injusticia, por más que el progreso y el avance, etc. estén también contenidos en la necesidad misma de la fe y de la vida cristiana ante el mundo. De un plumazo nos damos cuenta que una sociedad, tan desarrollada como la japonesa, puede tener un retroceso histórico como el que en este momento estamos viendo, y todavía no se han sacado suficientemente las consecuencias de lo que eso puede suponer.

- Crisis económica-crisis moral

La encíclica se refiere también a que la crisis no se puede considerar solamente como económica o financiera. En realidad estamos hablando de una crisis moral, una crisis que es multidimensional porque se manifiesta como crisis alimentaria, energética, financiera y económica ciertamente, pero en última instancia es una crisis moral; que no se puede evaluar solo desde el punto de vista técnico, sino que nos hace pensar en una mentalidad egoísta y materialista, que prescinde de los límites inherentes a toda creatura; una mentalidad que amenaza también a la creación, y no como una exigencia estética, sino más bien como una exigencia moral, como un imperativo categórico moral que no puede prescindir hoy de cómo somos humanos, no solamente respecto de otros humanos, sino respecto del conjunto de la creación. Es verdad que la palabra “creación” ya nos está hablando de una comprensión teológica de la vida, pero aun cuando eligiéramos otra palabra menos cargada de valor, de lo que no cabe duda es de que nuestro mundo ha llegado a ver que el desarrollo humano, para ser humano tiene que ser sostenible, y por tanto tiene que respetar adecuadamente lo que es la naturaleza y el conjunto de las circunstancias de la vida, no solo de la vida humana.

Se pasa revista en la encíclica a una serie de desafíos, entre los cuales está el hambre. El Papa repite una idea que, no por ser muy conocida, es menos importante: *La tierra puede alimentar suficientemente a todos sus habitantes, con tal de que el egoísmo no lleve a algunos a acaparar los bienes destinados a todos.* Por eso, el hambre no depende tanto de una escasez material cuanto de la insuficiencia de recursos sociales, el más importante de los cuales es de tipo institucional.

Y con el hambre, la salvaguarda de la paz, la estabilidad del planeta, la gestión correcta de los recursos naturales y aquí dedica el Papa palabras especiales para el continente africano. La preocupación por la erosión, la desertificación de grandes

extensiones de tierra de cultivo, a causa de la explotación desmedida y de la contaminación del medio ambiente; las formas de producción agrícola e industrial que no respetan el orden de la creación ni satisfacen las necesidades primarias de todos.

Desde luego aquí hay mucho fondo; las nuevas tecnologías aplicadas también a la biotecnología, los transgénicos... tantas cosas que al final se les imponen a los países pobres, muchas veces como grandes promesas de solución de sus problemas y, en el fondo, que son búsquedas del interés de los ricos para lo cual han de mantener una dependencia continuada de las tecnologías del Primer Mundo, etc.

IV. PARA QUE EL MUNDO CAMINE HACIA EL DESARROLLO HUMANO INTEGRAL: 10 CLAVES DE LECTURA DE LA ENCÍCLICA

Desde luego no son los puntos que abarcan todo el contenido, pero creo que son diez aspectos que, de alguna manera el Papa ha puesto de manifiesto y tienen un cierto carácter de originalidad, desde luego en la forma en que él los expresa.

1. *El desarrollo pide una ética coherente y consistente de la vida que, cuando es auténtica, es también ética ecológica.* Pero la ecología nunca debe hacer secundaria la defensa y promoción de la vida humana, toda vez que “es contrario al verdadero desarrollo considerar la naturaleza como más importante que la persona humana misma” (CV 48).

Se contiene un mensaje de gran valor que tenemos que saber presentar a la sociedad, en medio de tanta desorientación moral: “*El modo en que el hombre trata el ambiente influye en la manera en que se trata a sí mismo, y viceversa... Cuando se respeta la «ecología humana» en la sociedad, también la ecología ambiental se beneficia...*” (CV 51). La naturaleza se cuida y respeta cuando se promueve un genuino desarrollo económico y cultural. De modo que si faltamos al cuidado de la naturaleza no estamos haciendo desarrollo humano:

- “No sólo se deben defender la tierra, el agua y el aire como dones de la creación que pertenecen a todos. Se debe proteger sobre todo al hombre contra la destrucción de sí mismo... El libro de la naturaleza es uno e indivisible, tanto en lo que concierne a la vida, la sexualidad, el matrimonio, la familia, las relaciones sociales, en una palabra, el desarrollo humano integral”.
- “Los deberes que tenemos con el ambiente están relacionados con los que tenemos para con la persona considerada en sí misma y en su relación con los otros. No se pueden exigir unos y conculcar otros. Es una grave antinomia de la mentalidad y de la praxis actual, que envilece a la persona, trastorna el ambiente y daña a la sociedad”.

2. *El desarrollo se conecta con la sostenibilidad y la justicia intergeneracional*

Los proyectos respetuosos con el desarrollo humano integral “no pueden ignorar a las generaciones sucesivas, sino que han de caracterizarse por la solidaridad y la

justicia intergeneracional, teniendo en cuenta múltiples aspectos, como el ecológico, el jurídico, el económico, el político y el cultural” (CV 49).

3. El desarrollo no sólo tiene que ver con los derechos sino con los deberes (CV 43, 44 y 48). El Papa advierte con respecto a la desvinculación entre derechos y deberes, y con respecto a la contradicción entre exigir derechos superfluos y negar derechos fundamentales. Si los derechos se desvinculan de los deberes y de sus límites, pierden su “sentido profundo, se desquician y dan lugar a una espiral de exigencias prácticamente ilimitada y carente de criterios” (CV, 43). Y también lanza una admonición fuerte ante “la profunda contradicción” que se da cuando se reivindican “presuntos derechos, de carácter arbitrario y superfluo, con la pretensión de que las estructuras públicas los reconozcan y promuevan, por otro, hay derechos elementales y fundamentales que se ignoran y violan en gran parte de la humanidad”.

4. El desarrollo precisa del principio de subsidiariedad unido al de solidaridad, “porque así como la subsidiariedad sin la solidaridad desemboca en el particularismo social, también es cierto que la solidaridad sin la subsidiariedad acabaría en el asistencialismo que humilla al necesitado” (CV 58).

Esta regla de carácter general se ha de tener muy en cuenta también al afrontar las cuestiones relativas a las *ayudas internacionales al desarrollo*. Éstas, “por encima de las intenciones de los donantes, pueden mantener a veces a un pueblo en un estado de dependencia, e incluso favorecer situaciones de dominio local y de explotación en el país que las recibe. Las ayudas económicas, para que lo sean de verdad, no deben perseguir otros fines. Han de ser concedidas implicando no sólo a los gobiernos de los países interesados, sino también a los agentes económicos locales y a los agentes culturales de la sociedad civil, incluidas las Iglesias locales. ... Sigue siendo verdad que el recurso humano es más valioso de los países en vías de desarrollo: éste es el auténtico capital que se ha de potenciar para asegurar a los países más pobres un futuro verdaderamente autónomo” (CV 58).

Y afinando aún más, recuerda que “las soluciones se han de ajustar a la vida de los pueblos y de las personas concretas, basándose en una valoración prudencial de cada situación. Al lado de los macroproyectos son necesarios los microproyectos y, sobre todo, es necesaria la movilización efectiva de todos los sujetos de la sociedad civil, tanto de las personas jurídicas como de las personas físicas” (CV 47). De ahí que pida como en las personas que participen en el proceso de desarrollo cuatro actitudes fundamentales a modo de virtudes cardinales: solidaridad de la presencia, acompañamiento, formación y respeto.

5. Desarrollo y derecho a la libertad religiosa.

El Papa alude, por una parte, al fanatismo religioso que comporta violencia e impide el ejercicio del derecho a la libertad religiosa: “las luchas y conflictos que todavía se producen en el mundo por motivos religiosos, aunque a veces la religión sea solamente una cobertura para razones de otro tipo, como el afán de poder y riqueza. En efecto, hoy se mata frecuentemente en el nombre sagrado de Dios, como muchas veces ha manifestado y deplorado públicamente mi predecesor Juan

Pablo II y yo mismo. La violencia frena el desarrollo auténtico e impide la evolución de los pueblos hacia un mayor bienestar socioeconómico y espiritual. Esto ocurre especialmente con el terrorismo de inspiración fundamentalista”. Y, por otra parte, a ese fanatismo hay que añadir “la promoción programada de la indiferencia religiosa o del ateísmo práctico por parte de muchos países contrasta con las necesidades del desarrollo de los pueblos, sustrayéndoles bienes espirituales y humanos” (CV 29).

6. El énfasis en el encuentro intercultural para el desarrollo y la cooperación para el desarrollo, porque ésta no debe contemplar solamente la dimensión económica; ha de ser una gran *oportunidad para el encuentro cultural y humano*. Y, para que ese encuentro sea una experiencia de mutuo enriquecimiento y fecundidad, tanto los países desarrollados como los que están en desarrollo tienen que actuar con respeto recíproco y ser autocríticos con sus propias actitudes, tal como CV 59 señala:

- “Si los sujetos de la cooperación de los países económicamente desarrollados, como a veces sucede, no tienen en cuenta la identidad cultural propia y ajena, con sus valores humanos, no podrán entablar diálogo alguno con los ciudadanos de los países pobres. Si éstos, a su vez, se abren con indiferencia y sin discernimiento a cualquier propuesta cultural, no estarán en condiciones de asumir la responsabilidad de su auténtico desarrollo”.
- “Las sociedades tecnológicamente avanzadas no deben confundir el propio desarrollo tecnológico con una presunta superioridad cultural, sino que deben redescubrir en sí mismas virtudes a veces olvidadas, que las han hecho florecer a lo largo de su historia. Las sociedades en crecimiento deben permanecer fieles a lo que hay de verdaderamente humano en sus tradiciones, evitando que superpongan automáticamente a ellas las formas de la civilización tecnológica globalizada”.
- “En todas las culturas se dan singulares y múltiples convergencias éticas, expresiones de una misma naturaleza humana, querida por el Creador, y que la sabiduría ética de la humanidad llama ley natural. Dicha ley moral universal es fundamento sólido de todo diálogo cultural, religioso y político, ayudando al pluralismo multiforme de las diversas culturas a que no se alejen de la búsqueda común de la verdad, del bien y de Dios...”.
- Tenemos una preciosa referencia a la inculturación de la fe cristiana que “se encarna en las culturas trascendiéndolas, puede ayudarlas a crecer en la convivencia y en la solidaridad universal, en beneficio del desarrollo comunitario y planetario”.

También otras culturas y otras religiones enseñan la fraternidad y la paz y, por tanto, son de gran importancia para el desarrollo humano integral. Sin embargo, “no faltan actitudes religiosas y culturales en las que no se asume plenamente el principio del amor y de la verdad, terminando así por frenar el verdadero desarrollo humano e incluso por impedirlo” (CV 55). Aquí entran ciertamente las que cultivan

la intolerancia, el odio o la violencia, pero también las actitudes de tipo sectario de itinerarios religiosos de pequeños grupos, las que promueven las castas sociales estáticas o la superstición, así como las que favorecen el sincretismo religioso, efecto de la globalización que se convierte en factor de dispersión y de falta de compromiso con la realidad.

7. Sólo se trabaja a favor del desarrollo practicando la interdisciplinabilidad

Las mediaciones del saber humano y el trabajo de las ciencias son imprescindibles, pero nunca suficientes para indicar por sí solos la vía hacia el desarrollo integral del hombre: “Al afrontar los fenómenos que tenemos delante, la caridad en la verdad exige ante todo conocer y entender, conscientes y respetuosos de la competencia específica de cada ámbito del saber. La caridad no es una añadidura posterior, casi como un apéndice al trabajo ya concluido de las diferentes disciplinas, sino que dialoga con ellas desde el principio... Siempre hay que lanzarse más allá: lo exige la caridad en la verdad. Pero ir más allá nunca significa prescindir de las conclusiones de la razón, ni contradecir sus resultados. No existe la inteligencia y después el amor: existe *el amor rico en inteligencia y la inteligencia llena de amor*” (CV 30).

Esto significa que “la valoración moral y la investigación científica deben crecer juntas, y que la caridad ha de animarlas en un conjunto interdisciplinar armónico, hecho de unidad y distinción. La doctrina social de la Iglesia, que tiene *«una importante dimensión interdisciplinar»*, puede desempeñar en esta perspectiva una función de eficacia extraordinaria” (CV 31).

8. Del conjunto de los rasgos que cualifican el desarrollo se infiere “la economía tiene necesidad de la ética para su correcto funcionamiento; no de una ética cualquiera sino de una ética amiga de la persona”(CV 45). Con mucho tino denuncia un uso abusivo de la palabra ética en el terreno económico que, en muchos casos, más que auténtica ética a favor de la dignidad humana es *flatus vocis* para enmascarar decisiones y acciones contrarias a la justicia y al bien.

La relación imprescindible de la economía y la ética viene confirmada en la encíclica con muchos datos de realidad, entre los cuales quiero destacar los siguientes (cf. CV 36-37): a) “toda decisión económica tiene carácter moral”; b) “el sector económico no es ni éticamente neutro ni inhumano o antisocial por naturaleza; es una actividad humana, y por eso debe ser articulada e institucionalizada éticamente; c) la actividad económica no puede resolver todos los problemas sociales ampliando sin más la *lógica mercantil*. Debe estar *ordenada a la consecución del bien común*, que es responsabilidad sobre todo de la comunidad política; d) y, del modo análogo a lo dicho de la globalización, tampoco el mercado es en sí bueno o malo, pues no existe en estado puro y, por ello, simplemente -matiza el Papa- “se adapta a las configuraciones culturales que lo concretan y condicionan”. Por lo tanto, si genera desigualdades es porque “la razón oscurecida del hombre... puede llegar a transformar medios de por sí buenos en perniciosos”; e) al final se señala un claro

responsable: “el hombre, su conciencia moral y su responsabilidad personal y social”, responsable que no suprime la fuerza de las estructuras sociales¹.

9. Ética que encuentra su plenitud en el humanismo cristiano

Siguiendo a PP muy de cerca, CV enfatiza el enfoque ético del desarrollo como “paso, para cada uno y para todos, de condiciones de vida menos humanas a más humanas”, que recibe su auténtica dimensión de sentido al verlo desde un verdadero humanismo cristiano, que no contrapone lo humano y lo cristiano, sino que aprecia lo cristiano como la dimensión más honda de lo humano. En el contexto social y cultural actual, en el que está difundida la tendencia a relativizar lo verdadero, vivir la caridad en la verdad lleva a comprender que la adhesión a los valores del cristianismo no es sólo un elemento útil, sino indispensable para la construcción de una buena sociedad y de un verdadero desarrollo humano integral.

Justo en la conclusión de la encíclica (CV 78), Benedicto XVI hace suyas -casi literalmente- unas palabras de Pablo VI en el n° 42 de PP, que éste había asumido del P. De Lubac: “Ciertamente el hombre puede organizar la tierra sin Dios, pero al fin y al cabo, sin Dios no puede menos de organizarla contra el hombre. El humanismo exclusivo es un humanismo inhumano. No hay, pues, más que un humanismo verdadero que se abre al Absoluto, en el reconocimiento de una vocación, que da idea verdadera de la vida humana”.

En suma, si “la cuestión social se ha convertido radicalmente en una cuestión antropológica” (CV 13), la cuestión antropológica es, en última instancia, una cuestión teológica (CV 14). Creo que no debería interpretarse un razonamiento así en términos excluyentes de los no creyentes y no cristianos; más bien al revés, aunque parezca a primera vista lo contrario. Y es que lo teológico y su correlato religioso no tiene que ver con experiencias extrañas de personas especiales, aun cuando a ellos les debamos su expresión depurada, sino con experiencias de profundidad, que la mayoría de las veces aludimos en la vida superficial, pero que ante las situaciones de crisis y de frontera no podemos fácilmente aludir, ni reducir a la antropología biológica ni a la antropología cultural. Así, entendemos también que la hondura religiosa no exista sólo para quienes intentamos poner en diálogo convicciones religiosas y la dimensión social de la existencia.

10. Por eso el desarrollo, siendo una complejísima e ingente tarea, no deja de ser “vocación humana” que comporta libertad responsable de personas y pueblos, y respeto a la verdad del humanismo abierto a la trascendencia, así como caridad - no sólo personal- sino también socio-política.

Enfatizar el carácter de vocación busca evitar la reducción de que el único criterio de la verdad sea la eficiencia y la utilidad, o que el desarrollo consistiría principalmente en hacer y se produce una tecnificación del desarrollo, donde la técnica se desvía de su originario cauce humanista, de su uso ético y responsable, y la autonomía humana de su esencial carácter creatural y teónimo. Esto lo dice Benedicto de muchos modos y en distintos lugares de la encíclica, pero puede ser

¹ En este sentido CV puede recibir luz provechosa de SRS y sus análisis de las “estructuras de pecado” (SRS 36).

suficiente el que dice: “La verdad y el amor que ella desvela, no se pueden producir, sólo se pueden acoger. Su última fuente no es, ni puede ser, el hombre, sino Dios, o sea Aquel que es Verdad y Amor. Este principio es muy importante para la sociedad y para el desarrollo, en cuanto que ni la Verdad ni el Amor pueden ser sólo productos humanos...” (CV 52).

Se entiende así que el subdesarrollo no tenga sólo causas materiales o que el superdesarrollo derrochador y consumista pierda de vista el sentido fundamental de la realización humana. O que tal superdesarrollo implique con frecuencia subdesarrollo moral (CV 29).

11. Y por eso sólo se encuentran los caminos para el desarrollo de las personas y los pueblos cuando la gratuidad y el don, que supera la lógica mercantil, economicista y tecnicista, se hacen presentes. Uno de los núcleos más continuos del pensamiento del Papa Ratzinger que ha vuelto a aparecer en su tercera encíclica (cf. CV 69 a 74) es el de que el desarrollo tecnológico puede abonar la autosuficiencia de la técnica, cuando la pregunta que hacemos es el cómo y no los porqués del actuar, pues la “libertad humana es ella misma sólo cuando responde a esta atracción de la técnica con decisiones que son frutos de la responsabilidad moral” (CV 70). A la responsabilidad se ha de añadir, como dimensión imprescindible de la libertad humana, la gratuidad: “La lógica del don no excluye la justicia ni se yuxtapone a ella como un añadido externo en un segundo momento y, por otro, que el desarrollo económico, social y político necesita, si quiere ser auténticamente humano, dar espacio al *principio de gratuidad* como expresión de fraternidad” (CV 34). En pocas palabras: “El auténtico desarrollo, no es el resultado solamente de nuestro esfuerzo sino del don” (CV 79).

12. Introducir el carácter de don y vocación humana para comprender el desarrollo nos pone delante de la profundidad teológica del desarrollo, algo que hizo con mayor explicitud Juan Pablo II que Pablo VI. Inspirado por la Revelación divina, el sentido último del desarrollo deriva de la fe en la creación por la que el ser humano se reconoce imagen y semejanza de Dios y, en virtud de ello, recibe el mandato de continuar la obra creadora de Dios (SRS 30) y asimismo de la fe en la salvación en Cristo, que nos da el horizonte último de la existencia humana y de la actividad del hombre en la historia; siendo la Trinidad su horizonte último:

“El tema del desarrollo coincide con el de la inclusión relacional de todas las personas y de todos los pueblos en la única comunidad de la familia humana, que se construye en la solidaridad sobre la base de los valores fundamentales de la justicia y la paz. Esta perspectiva se ve iluminada de manera decisiva por la relación entre las Personas de la Trinidad en la única Sustancia divina (...) En particular, *a la luz del misterio revelado de la Trinidad*, se comprende que la verdadera apertura no significa dispersión centrífuga, sino compenetración profunda. Esto se manifiesta también en las experiencias humanas comunes del amor y de la verdad” (CV 54).

La Iglesia es signo e instrumento de esta unidad, y el trabajo a favor del desarrollo humano integral aparece en CV como misión eclesial: toda la Iglesia, en todo su ser

y obrar, cuando anuncia, celebra y actúa en la caridad, tiende a promover el desarrollo integral del hombre (CV 11). La Iglesia tiene una responsabilidad respecto a la creación y la debe hacer valer en público (CV 51). La religión cristiana y las otras religiones pueden contribuir al desarrollo solamente si Dios tiene un lugar en la esfera pública, con específica referencia a la dimensión cultural, social, económica y, en particular, a la política. Ir contra esto tiene consecuencias negativas sobre el desarrollo (CV 56).

Muchas gracias por su atención

DIÁLOGO

P. *¿Podría profundizar en la expresión “globalización de la superficialidad”?*

R. De hecho, esta expresión es de nuestro Padre General de la Compañía de Jesús, Adolfo Nicolás, que en varios de sus discursos, sobre todo relacionados con la educación universitaria de la Compañía de Jesús, en particular el que tuvo en Méjico el año pasado, acuñó esta fórmula y la explicó con bastante detenimiento.

Creo que da mucho juego porque aquí nos estamos encontrando con el hecho de que nunca hemos tenido tanto conocimiento, tantas fuentes de todo tipo, al mismo tiempo que estamos asistiendo a una banalización, por ejemplo, de lo que es la verdad, una confusión de los niveles en los que se da la comunicación humana, todas estas cuestiones de Wikileaks, de las nuevas tecnologías, etc. Hay, entonces, un gran peligro de que el avance sea en extensión y cantidad, pero no cualitativo y en profundidad.

Estamos en una Universidad y creo que merece la pena decirlo así: Nos encontramos con que, si la educación, las prácticas educativas y el futuro de la educación -no solo la universitaria, ciertamente, pero también- no ayuda a la gente a entrar en la profundidad de la vida –y no estamos aquí hablando solo de la fe religiosa-, a cultivar el sentido crítico y la capacidad de discernimiento, con un no vivir las cosas porque otros nos lo digan, con un no sucumbir a las vidas ajenas como un espectáculo que parece que me satisface y me llena de orgullo, etc., estamos perdidos; porque al final no se sustancia todo en un desarrollo tecnológico...

Por eso creo que se puede aplicar esta expresión, *globalizar la superficialidad* a lo que el Papa dice en la encíclica sobre la globalización y la crítica que hace. Pero, repito, la fórmula no es de la encíclica, sino del Padre Adolfo Nicolás. Si quieren profundizar en lo que dice, y creo que merece la pena, pueden encontrarlo en Internet: *discurso a los representantes de los centros universitarios de la Compañía de Jesús en Méjico el 23 de Abril de 2010 del Padre Adolfo Nicolás*.

P. *¿En qué consistiría un gobierno mundial?*

R. La ONU está llamada a cumplir parte de ese gobierno, pero todos los análisis dicen que, para poder hacer eso, tendría que refundarse. Y desde luego, para actuar no en los mismos parámetros en los que ha estado funcionando después de la Segunda Guerra Mundial que sigue siendo hoy la configuración básica que tenemos hoy de la ONU.

Estamos hablando, por ejemplo, de un Consejo de Seguridad, con sus cinco miembros que no ha sido posible siquiera ampliar más; estamos hablando de una situación de post-guerra y guerra fría que, a partir del año 1989, se supone que de alguna manera tenía que cambiar las condiciones de funcionamiento y la organización de la ONU, porque entonces entramos en un escenario geopolítico y estratégico diferentes, etc., pero no hemos sido capaces; digo “no hemos” porque en que las cosas no cambien todos tenemos alguna responsabilidad; evidentemente

los que más poder tienen, tienen más responsabilidad, pero no deja de ser importante que cuando la gente se propone algo y lo pide con fuerza -el *people power* le llaman algunos analistas- tarde o temprano, lo acaba consiguiendo. Para mejorar la gobernanza mundial tenemos que reclamarlo e incluso exigirselo a nuestros gobernantes que busquen un mejor gobierno de las cosas, porque lo necesitamos.

El Papa no hace el diseño de lo que tendría que ser este gobierno, pero sí dice que hay que evitar que sea un gobierno monocrático, que venga impuesto desde arriba y que trate de gobernar todo. Pide que se piense desde el principio de subsidiariedad y, se podría incluso matizar más, un tipo de gobierno escalar, que no puede prescindir de los Estados nacionales, pero que al mismo tiempo tiene que generar estructuras de decisión que sean eficaces ante las cuestiones que hay que plantear.

Evidentemente hay que pensar también que entre las instituciones mundiales y las naciones están las regiones, porque no se trata de pensar solo en un *gobierno global* a escala mundial. Una de las cosas que también ha aparecido con la globalización son las regiones, como Europa; es decir la Unión Europea ha crecido en interdependencia interna, también al amparo de la globalización. Cuando hablamos de un *gobierno mundial* no significa, por tanto, que esté concentrado en un único centro de decisión, pero sí hablamos de procedimientos de decisión adecuados que, al menos en este momento no tenemos, para poder responder a las situaciones urgentes, a veces dramáticas que demandan acciones políticamente eficaces y éticamente orientadas.

Todo esto que yo ahora he enunciado tosca y brevemente, tampoco se contiene en la encíclica, pero sí late en ella de una manera muy clara la preocupación expresa de Benedicto XVI que es preocupación del conjunto de la Doctrina Social de la Iglesia desde Juan XXIII y que hoy, si cabe, se ha acentuado.

BIBLIOGRAFÍA

- MONS. R. BLÁZQUEZ, “Relación teológica entre la verdad y la caridad”, *Boletín de Doctrina Social de la Iglesia* I, 3 (2009) pp. 83-86.
- MONS, G. CREPALDI, “La Caritas in veritate en las tres encíclicas de Benedicto XVI”, *Boletín de Doctrina Social de la Iglesia* I, 3 (2009) 80-82; “La encíclica Caritas in veritate y la Universidad”, *Boletín de Doctrina Social de la Iglesia* II, 4 (2010) pp. 81-84.
- L. GONZÁLEZ-CARVAJAL, *La fuerza del amor inteligente. Un comentario a la encíclica “Caritas in veritate” de Benedicto XVI*, Sal Terrae, Santander 2009, 120 pp.
- CARD. R. R. MARTINO, “Caridad y verdad, fundamentos de la dimensión histórica y pública del cristianismo”, *Boletín de Doctrina Social de la Iglesia* I, 3 (2009) pp. 77-79.
- D. MELÉ y J. M. CASTELLÁ (eds.), *El desarrollo humano integral. Comentarios interdisciplinarios a la encíclica Caritas in veritate de Benedicto XVI*, Iter, Barcelona 2010, 369 pp.
- J. L. MARTÍNEZ, “Caritas in veritate: El desarrollo humano integral en tiempo de globalización y de crisis”, *Sal Terrae* 98 (2010) pp. 73-92.
- D. L. SCHINDLER, “Vida, familia y desarrollo: la unidad antropológica de Caritas in veritate”, *Boletín de Doctrina Social de la Iglesia* I, 3 (2009) pp. 94-98.
- S. ZAMAGNI, “Finanzas, racionalidad y bien común en la Caritas in veritate”, *Boletín de Doctrina Social de la Iglesia* I, 3 (2009) pp. 107-110.